

S. Žižek (2011). *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Akal

Lucía Álvarez Alfonso^a

No todo agente productor de discurso filosófico coincide con la idea de que la filosofía puede o incluso debe preocuparse de la vida social que le rodea, de los temas de actualidad o de los intereses populares; pues buena parte de la intelectualidad académica pugna por distanciarse de todo lo que, desde una cómoda e imaginaria “posición privilegiada con respecto a la verdad”, se considera banal, superficial o circunstancial. Particularmente en Europa, con un sedante capitalismo social y unos fortísimos deseos de superar los grandes traumas del siglo XX, en los últimos tiempos había decrecido notablemente la cantidad e intensidad de filósofos comprometidos con la transformación social y la emancipación. La tradición cultural predominante en esta parte del mundo ha devenido en denominarse “posmoderna”.

Cuando menos, el filósofo esloveno más famoso de lo que llamamos Occidente ha subvertido la imperante creencia de que vivimos ya una era posideológica, recuperando la crítica de la ideología como uno de los principales frentes en los que batallar. Ávido de saber cómo se piensa y se vive en la cotidianidad inmediata para dibujar panorámicamente la situación política contemporánea, su obsesión estriba en la voluntad de desmitificación. Posmoderno en la forma pero radicalmente opuesto en su contenido, con el instrumento psicoanalítico heredado de Lacan y una reivindicación de la dialéctica de Hegel –todo ello imbricado con una Idea Comunista que va más allá del propio Marx, como veremos–, la producción zizekiana consigue sacar partido al interés paranoico hacia todas las cuestiones, hasta

^a Máster en Pensamiento Filosófico Contemporáneo por la Universidad de Valencia (TFM dedicado a Slavoj Žižek).

Correspondencia: C/ Paterna, 3, pta. 3. 12200, Onda. Castellón.

E-mail: lucia_alva89@hotmail.com



las aparentemente más inocentes o las más recónditas; y así se va tejiendo una ingente y variada obra con múltiples conexiones entre datos concretos y múltiples referencias, elementos significativos de la cultura popular y abstracciones filosóficas.

La obra teórica que nos disponemos a reseñar fue publicada en 2009, apenas un año después del colapso del sistema financiero que, para nuestro autor, marcó el punto final a la utopía del cidadísimo intelectual neoconservador Francis Fukuyama¹. Este acontecimiento, como queda señalado al comienzo del libro, fue la segunda parte de la muerte simbólica de un discurso hegemónico que habría alcanzado su máximo apogeo en la era del dogma TINA² y la posterior década clintoniana. Si el ataque del 11 de septiembre de 2001 representó la tragedia, con el desastre económico evidenciado en 2008 llegó la farsa. Se habría dado una suerte de repetición histórica más que digna de ser analizada por el pensamiento crítico de nuestra época.

Si hay alguien que ha cuestionado y rechazado radicalmente la creencia utópica del fin de la historia antes aludida, ha sido este pensador que, como reflejan sus líneas, no deja de lado ni la lucha de clases ni la lucha de frases. De hecho, estando el

libro dividido en dos bloques, se dedica el primero de ellos al concepto de ideología puesto en relación con la sociedad capitalista “posmoderna”.

Siguiendo en este punto a Alain Badiou, el capitalismo no es una o un tipo de civilización ni una manera de dar sentido a nuestra vida, sino que “es el primer orden socioeconómico que destotaliza el significado”³; esto es, se adapta a todas las religiones y culturas. Sin embargo, de aquí no se arguye que el capitalismo como mecanismo sea neutral, sino algo mucho más problemático: nos encontramos tan inmersos en la ideología que incluso cuando creemos estar fuera de ella seguimos siendo cómplices, habiendo llegado a la naturalización más avanzada. Como el amor, la ideología tiene bastante de guerra.

Nuestra manera de relacionarnos, de pensar, de desear... o incluso las maneras que ha tenido la izquierda política europea de resistencia y protesta, ¿acaso no ha quedado todo integrado en la ideología del consumo? El “nuevo espíritu del capitalismo”, al que Žižek se refiere en uno de los capítulos de esta primera parte, viene a dar cuenta de ese capitalismo “posmoderno” que ha integrado tantos elementos combatidos en momentos pasados de nuestra historia: si la década de los sesenta del pasado siglo estuvo marcada por las revueltas estudiantiles, hoy podemos (y debemos) gozar de los derechos individuales

¹ El Fin de la Historia se habría dado con la derrota del polo soviético de la Guerra Fría, culminando en la totalización del sistema económico, político y social capitalista; el más razonable al que la humanidad ha podido llegar y que ya no va a ser superado nunca.

² “There is no alternative”, eslogan propagado por Margaret Thatcher.

³ S. Žižek (2011). *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Ed. Akal, p. 31.



que se reclamaron en aquel momento. Sin embargo, es importante señalar que ampliar el espacio de lo que está permitido dista mucho de una redistribución real de poder. Esos permisos que tenemos hoy en las democracias liberales para, por ejemplo, la libertad y el libertinaje sexuales son más bien órdenes; el mandato simbólico de nuestro orden sociopolítico insta al goce, a la diversión, al consumo. No es que puedas hacerlo, es que debes hacerlo. Apoyándose en Jean-Claude Milner en este caso, cita a propósito de esto: “Este es el resultado del ‘espíritu del 68’: contribuyó, efectivamente, a hacer la vida más fácil. Eso es mucho, pero no es todo. Porque no usurpó poderes”⁴.

Cada vez más nuestro autor nos alerta de que el fetichismo es la forma que tiene hoy de funcionar la ideología. Por una parte está el clásico modo sintomático de ideología (la manera marxiana de entender este concepto, según Freud), en el que un deseo reprimido provoca síntomas que se perciben como una amenaza y una perturbación de la armonía. El mejor ejemplo para entender esto es el nazismo: el judío era el síntoma y simultáneamente el fetiche. El objeto de deseo no siempre difiere del de fobia. Pero por otro lado tenemos el fetichismo cínico-permisivo, que suena más amable. Básicamente, se trata de un modo de funcionar que resulta muy familiar para la ideología neoliberal: se defienden derechos universales y abstractos

como “libertad” (libertad de elección, de expresión, sexual, etc.), “igualdad”, “tolerancia”... pero se obvian las condiciones implícitas necesarias para ello, que constituyen sus propias limitaciones.

Rompiendo con la visión tradicional de la noción de totalidad, según la cual se trataría de un ideal en el que intrínsecamente hay un orden oculto a descubrir, Žižek concibe un conjunto en el que los antagonismos y las contradicciones no se superan sino que se incluyen en el sistema; es el modo que tiene nuestro filósofo de interpretar tanto a Hegel como a Marx. De este modo, nuestro autor retrata una totalidad contemporánea conformada por los dos tipos de fetichismo apuntados, que sucintamente reduce a liberalismo y fundamentalismo. La tensión entre estas dos formas de ideología, que están disputándose la hegemonía actualmente, hay que entenderla en clave dialéctica: se estructuran de manera opuesta pero es el liberalismo el que genera a su contrario repetida y sistemáticamente, produciendo una interdependencia. No obstante, si entendemos que solo a través del reconocimiento de una libertad formal se puede estar en condiciones de exigir una libertad real, lo que para Žižek merece la pena defender del liberalismo es ese núcleo de valores formales a los que el propio liberalismo no es capaz de ser fiel por su lógica interna, por lo que la tarea de defender esos valores hasta sus últimas consecuencias solo podrá ser llevada a cabo por una “izquierda renovada”.

⁴ Cfr. Žižek (2011: 70).



A pesar del disfraz cínico de “realismo pragmático” con el que suele vestir la ideología capitalista democrático-liberal, la advertencia del esloveno es que no es menos utópico creer que dentro del capitalismo pueden sucederse cambios graduales que mejoren la vida de la mayoría –y que, al fin y al cabo, no hay alternativa al capitalismo– que creer que se puede volver a algún tipo de orden social anterior.

Queramos verlo y hacernos cargo de la situación o no, gradualmente nos vamos aproximando a un nivel en el que va a ser urgente establecer mecanismos que canalicen el mercado que ahora lo es todo; en suma, inventar formas nuevas de organización política a escala global. Si no nos enfrentamos a estos problemas, lo que Žižek plantea es que probablemente a largo plazo nos enfrentaremos a un escenario de *apartheid* a gran escala. Remitiéndonos a sus propias palabras: “Hoy en día la única cuestión *verdadera* es: ¿refrendamos la predominante naturalización del capitalismo, o el actual capitalismo global contiene antagonismos que son lo suficientemente fuertes como para impedir su reproducción indefinida?”⁵.

Ante todo son destacados cuatro antagonismos, cuatro puntos clave por los que la reflexión seria debe pasar por la emergencia que provocan, de los cuales conviene separar el último de los tres primeros. Estos serían: el peligro de una catástrofe

medioambiental, la propiedad privada aplicada a la “propiedad intelectual”, las consecuencias de nuevas tecnologías biogénicas y, por último, el antagonismo entre Excluidos e Incluidos. En este último punto es en el que nuestro filósofo pone todo el acento, por ser precisamente el antagonismo que amenaza con erguir nuevos Muros y crear *nuevas formas* de apartheid. Moviéndonos ya en la segunda parte del libro, dedicada a “la hipótesis comunista”, Žižek traza una línea roja muy clara entre socialismo y comunismo. Si bien los tres primeros antagonismos señalados pretenden ser solucionados por ambas posiciones, tan solo el comunismo plantea afrontar el cuarto, que no implica otra cosa que una proletarización radical y masiva sin precedentes. Nuestro autor quiere referirse a los aspectos comunes de toda la humanidad: tanto lo común de la naturaleza externa, como de la naturaleza interna, como lo común de la cultura lo estamos perdiendo. Se trata de una triple amenaza que nos convierte más que nunca en proletarios (o en *Homo sacer* potenciales si se prefiere), así que es necesario apuntar a *lo común*, lo que es de interés común, porque el desafío radica en reconocernos a nosotros mismos en la figura del Excluido, del sujeto proletario excluido de su propia sustancia simbólica. Si los tres primeros antagonismos se relacionan con la supervivencia, el cuarto es realmente una cuestión de justicia. Los grupos sociales que de forma y de facto son excluidos del también privatizado espacio sociopolítico son lo que Rancière

⁵ Cfr. Žižek (2011:106).



llamaba “la parte de ninguna-parte” (o los nadies de Galeano), que no representan y personifican otra cosa que la universalidad. Esas referencias a lo común y a lo universal singular son lo que se mantiene en la Idea Comunista, aunque no tiene ningún sentido reducir el comunismo a lo que cada cual considera oportuno o simplemente a la Unión Soviética, sino que se trata de entender la dialéctica de la herencia y de la invención: de la constante reactualización correlativa a la referencia a lo que permanece. La “(auto) revolución permanente” del capitalismo nos obliga a cambiar el enfoque y nuestros modos de enfrentarnos a él constantemente.

De lo que se trata para Žižek, a todas luces, es de afrontar tiempos apocalípticos, sin perspectiva simbólica de “Juicio final”, sino consistentes en ese punto cero a partir del cual puede surgir algo nuevo, también apuntado por Benjamin respecto del núcleo no histórico de la historia que cuando irrumpe abre posibilidades antes imposibles. Nuestro pensador, entre otras cosas, se dedica a provocar sistemáticamente proclamando que para ser realmente ateo hay

que pasar por ser cristiano, o que no es que haya que abolir el Estado, sino conseguir que el Estado asuma un funcionamiento no estatal... en términos psicoanalíticos este acto se llama *traversée du fantasme* y no es nada nuevo. Lo que debe ser nuevo forzosamente es lo que se construya como sustitución de la nada que quede tras la travesía, que es lo que hay que hacer y no dedicar todos nuestros esfuerzos al día de la insurrección; no vaya a ser que al día siguiente todo vuelva a la normalidad anterior. Hay que arrebatarse las herramientas que valgan la pena del enemigo y hacerlas propias, luchar por la hegemonía que en el futuro decidirá lo que está pasando ahora.

Lo que, desde luego, hay que abandonar de una vez por todas es la confianza en un gran Otro (un Líder, sujeto-supuesto-saber, Amo, “Orden de la Historia”...) y desafiar nuestro destino, que depende de nuestra propia libertad y responsabilidad. Aunque las probabilidades no jueguen a nuestro favor debemos atrevernos a actuar en contra de esas probabilidades y “volver a empezar” tras despertar del sueño utópico.



